

LA INDIVIDUALIDAD FEMENINA EN *EL EMBARAZO DE MI HERMANA*, DE YOKO OGAWA Y *KIM JI-YOUNG, NACIDA EN 1982*, DE CHO NAM-JOO

FEMALE INDIVIDUALITY IN MY SISTER'S PREGNANCY BY YOKO OGAWA AND KIM JI-YOUNG, BORN IN 1982, BY CHO NAM-JOO

María Elena Ojea Fernández
UNED

RESUMEN:

La intención de este artículo es reflexionar sobre la reivindicación de la individualidad femenina que se lleva a cabo en dos novelas distantes entre sí en el tiempo, pero cercanas en cuanto al fomento de la autoconsciencia de la mujer. La protagonista de la historia de Cho Nam-Joo se rebela frente a la injusticia de un poder masculino opresor y perfectamente reglamentado. La narradora de la fábula de Yoko Ogawa confirma una visión analítica y poco convencional del embarazo y de la maternidad. En ambas obras, la escritura femenina se esfuerza por mostrar la independencia de pensamiento y, sobre todo, el consciente alejamiento de las mujeres del obligado pacto con el varón a propósito de las funciones reproductivas de la especie. Los personajes femeninos de estos relatos aspiran a la libertad de ser y rechazan el deber ser impuesto por la ética de la sociedad patriarcal.

PALABRAS CLAVE:

Individualidad; autoconsciencia; cambios internos; escritura femenina; rebeldía.

ABSTRACT:

This article's purpose is to reflect on the vindication of female individuality that is carried out in two stories distant from each other in time, but both close in terms of promoting women's self-awareness. In Cho Nam-Joo's book the rebellion of the main female character is noted when she is facing the injustice of a male power that is as oppressive as it is perfectly regulated. Ogawa's narration reflects an analytical and no conventional view of pregnancy and motherhood. In both works, the feminine writing strives to show the independence of women's thought and, above all, their conscious departure from the forced deal with the male as for the reproductive functions of the human species. These female characters long for the freedom to be and reject what must be imposed by the moral education of the patriarchal society.

KEYWORDS:

Individuality; self-awareness; internal changes; feminine writing; rebellion.

INTRODUCCIÓN

La lectura de *El embarazo de mi hermana* (Nishin Kareda, 1991) de Yoko Ogawa y *Kim Ji-Young, nacida en 1982* de Cho Nam-Joo (*Palsip Yi Nyeon Saeng Kim Jiyeong*, 2016), nos proporciona un apasionante recorrido por la vida íntima de los personajes femeninos. Destacar que en ambos relatos se confirma la ruptura de los estereotipos históricos en torno a asuntos tan controvertidos para el orden patriarcal como la maternidad y el control del propio cuerpo. El universo personal de las protagonistas se mueve alrededor del desarrollo de la conciencia individual y de la libertad de ser. Ellas mismas son el sujeto de su propio discurso. No creen ni en el sentimiento maternal preestablecido ni en la tradicional idea de que su fomento perfecciona la personalidad de una mujer. Ya en el siglo XIX, Emilia Pardo Bazán, denunciaba que la educación femenina tenía por objeto “principalísimo formar buenas madres” (2018: 156) y no escondía su desazón ante las limitaciones que el orden dominante reservaba a la mitad del género humano (2018: 152):

El error de afirmar que el papel que a la mujer corresponde en las funciones reproductivas de la especie determina y limita las restantes funciones de la actividad humana, quitando a su destino toda significación individual, y no dejándole sino la que puede tener relativamente al destino del varón. Es decir, que el eje de la vida femenina para los que así piensan (y son innumerables, cumple a mi lealtad reconocerlo), no es la dignidad y felicidad propia, sino la ajena del esposo e hijos, y si no hay hijos ni esposo, la del padre o del hermano y cuando éstos faltaren, la de la entidad abstracta género masculino.¹

Las obras de Ogawa y Cho Nam-Joo subrayan las dificultades de las mujeres para desarrollar su individualidad en los dominios del patriarcado. El camino hacia la independencia se antoja arduo y solitario para aquellas que consideran la maternidad, y lo que esta conlleva, un escollo que merma la libertad personal. Rachel Cusk en su revelador ensayo “Un trabajo para toda la vida” (“A Life’s Work”, 2001) cree que:

El parto y la maternidad son el yunque sobre el que se forjó la desigualdad sexual, y es legítimo que, en nuestra sociedad, las mujeres con responsabilidades, expectativas y experiencias similares a las de los hombres afronten la situación con inquietud. Las mujeres han cambiado, pero su condición biológica no ha sufrido alteraciones. En este sentido, la maternidad es una ventana excepcional para acercarse a la historia de nuestro sexo, aun cuando el cristal se rompa fácilmente (2023: 28).

¹ Emilia Pardo Bazán, *La educación del hombre y de la mujer*, Memoria leída en el Congreso Pedagógico celebrado en Madrid el 16 de octubre de 1892. Recogido por Guadalupe Gómez-Ferrer en *La mujer española y otros escritos*, 2018, p.152.

El principal personaje femenino de la novela de Cho Nam-Joo comparte esta misma preocupación cuando reivindica la figura invisible de su madre, ama de casa dedicada exclusivamente al cuidado de su familia:

Claramente se arrepentía de lo que había hecho con su vida, de su condición de madre. Kim Ji-Young imaginó una piedra pequeña pero pesada y dura que retenía la larga falda de su madre, y se sintió triste al identificarse con esa piedra. Su madre, percatándose de ello, acarició con ternura su cabello despeinado (2019: 34).

Ni la joven Kim Ji-Young ni la narradora del relato de Ogawa responden a los criterios que impone la normativa patriarcal.² Por un lado, observamos en su actitud una crítica airada hacia la manera en la que han sido tratadas tradicionalmente las mujeres y, por otro, presenciamos un desapego, cuando no indiferencia radical, hacia el rol *característico* que la jerarquía masculina les había confiado.

—Estoy de dos meses y medio. Justo en la sexta semana. [...]

Me lo ha dicho mientras caminaba hacia el fondo de la casa y se quitaba el abrigo. No me ha parecido especialmente emocionada.

Este intercambio de palabras me ha dejado indiferente, más bien parecía que hubiéramos dicho:

—¿Qué hay para cenar? [...]

Pero ¿de verdad el nacimiento del hijo de mi hermana y de mi cuñado es un asunto que merezca una enhorabuena? (Ogawa, 2019: 16-17)

Resulta interesante comprobar cómo el comportamiento de los personajes femeninos se desvía de la “mirada colonizadora” de la jerarquía patriarcal (Novo, 2003, s/n). Su lucha se centra en el despertar de la autoconsciencia, en la reflexión acerca de la subjetividad y en la deconstrucción del todopoderoso pensamiento masculino.

La visión de la maternidad que se vislumbra en *El embarazo de mi hermana* es la de un suceso desconcertante y turbador, muy alejado del feliz acontecimiento que proclamaba el patrón masculino. La universitaria que vive con su hermana mayor y su

² Edurne Portela, a propósito de la publicación de su libro *Maddi y las fronteras*, subraya que “hay otras formas de ser mujer que no tienen por qué entrar en conflicto ni en relación con la maternidad. Me gustaría que desligáramos más el concepto de mujer de la opción de ser o no madre”, p.p. 32-33. En *El Faro de Vigo*, Letras & Artes, sábado, 25 de febrero de 2023. “Edurne Portela, escritora” por Inés Martín Rodrigo. <https://www.farodevigo.es>

cuñado narra de forma minuciosa y analítica la retahíla de problemas que conlleva esta experiencia. El estilo destaca por el uso de un lenguaje preciso, sin adornos estéticos, pero lleno de sugerencias.

La escritura de la japonesa Yoko Ogawa (Okayama, 1962) sobresale por la admirable sencillez de su estilo y por la lucidez que desprende su peculiar universo narrativo. La crítica ha destacado la sutil descripción que hace de los personajes, especialmente de los femeninos, que parecen girar en torno al excluyente papel que la sociedad nipona reserva a la mujer. La novela *El embarazo de mi hermana* obtuvo en Japón el prestigioso Premio Akutagawa en 1991.

El argumento de *Kim Ji-Young, nacida en 1982* se centra en los hábiles mecanismos de la jerarquía patriarcal coreana para silenciar los derechos civiles de la mujer. Se trata de un control férreo, no violento en apariencia, pero que, en realidad, lastra sin escrúpulos la autoestima de las mujeres de ese país. La joven protagonista, su madre y su hermana padecen desde la niñez los improprios y las implacables consecuencias del despiadado discurso del orden dominante.

Cho Nam-Joo (Seúl, 1978) es una autora que trabajó como guionista de televisión antes de convertirse en novelista de éxito. Las dificultades para retomar su carrera después de su baja maternal la llevaron a escribir *Kim Ji-Young, nacida en 1982*, una biografía ficticia sobre la discriminación de género y el acoso a las mujeres en el trabajo. Este relato, que se convertiría en su tercera novela, tuvo un notable eco social y ayudó a combatir la brecha salarial en Corea del Sur.

1. INCOMUNICACIÓN E INDIFERENCIA EN *EL EMBARAZO DE MI HERMANA*.

Las sociedades asiáticas no siempre responden a la imagen simplista que de ellas ha forjado Occidente. No podemos acercarnos a su cultura recurriendo a estereotipos fáciles o a “imágenes exotizantes” (Pitarch, 2010: 10), y menos aún en lo que respecta a la problemática femenina. La intención de este artículo no es presentar a las mujeres de Oriente como meras víctimas del poder patriarcal, sino mostrar su renovado desacuerdo con el orden establecido, su capacidad para constituirse como sujeto y su singular individualidad. La mujer ha estado siempre fuera del discurso de los grandes pensadores, hasta el punto de estar “exiliada de la representación”, (Moi, 1995: 145); pero en la historia de Yoko Ogawa, por ejemplo, es el hombre al que descubrimos prescindible y sin espacio propio. Si en la escritura masculina la mujer aparecía casi siempre desempeñando tareas domésticas y maternas o era un simple objeto decorativo, ahora nos encontramos con que los hombres han sido relegados al rol de meros actores secundarios. Su presencia ha dejado de ser indispensable para la vida de una mujer. Se les ha perdido el miedo y el respeto. Se les representa como seres

confusos, pusilánimes, desprovistos de la entereza o de la excelencia que el imaginario colectivo les había adjudicado:

A veces me pongo a pensar sobre la relación que existe entre el embarazo de mi hermana y mi cuñado. Sobre la función que él ejerció en el embarazo de mi hermana. Si es que existe.

Mi cuñado, como de costumbre, sigue mirándola con timidez. Cuando ella pierde su serenidad, él parpadea nervioso, y repite palabras sin sentido como «Sí, claro» o «Bueno...», y finalmente, cuando nada puede hacerse, le abraza los hombros. Se esfuerza, además, a hacer un gesto de cariño como si quisiera convencerse de que es lo que ella realmente espera de él. (Ogawa, 2019: 83)

El instinto maternal también ha dejado de ser un sentimiento privativo de la mujer. La voz narrativa no siente la necesidad emocional o biológica de tener hijos ni admite la importancia que la cultura social le otorga:

Ella ha ignorado mi voz y ha seguido con sus caprichos. Ha pronunciado la palabra «embarazo» de manera repugnante, como si estuviera diciendo el nombre de una oruga peluda. (Ogawa, 2019: 81). [...] Mi hermana me da explicaciones, serenamente, acerca de su bebé. Debido a palabras como feto, cavidad abdominal, órganos genitales, tan poco propias de una madre, la deformación de su barriga me parece aún más siniestra (2019: 90).

Somos conscientes de que nos encontramos ante un texto traducido de un idioma cuyo origen es muy distinto al español.³ Al no poder leer el original, es probable que perdamos muchos recursos estéticos que nos aclararían tanto el peculiar comportamiento de la narradora como la tensión reinante en el ambiente. Sea como fuere, lo que sí percibimos en la escritura de Ogawa es el hecho de que los personajes femeninos no sienten o no expresan felicidad alguna ante la llegada de un bebé. Dado que el instinto maternal se considera sentimiento innato en la mujer, resulta interesante cómo la escritora japonesa lo destruye o, cuanto menos, lo pone en duda. Como señala Hitomi Toyohara en una nota, “la narradora se limita difícilmente a aceptar el embarazo” (2014: 236), una actitud ya de por sí transgresora. Y es que el pensamiento femenino vuela libre hacia espacios ignotos, muy alejados de la senda trazada por la cultura tradicional. La escritura de Ogawa describe con impecable precisión el ambiente de incertidumbre que paraliza a las mujeres de la novela. El nerviosismo se apodera de la voz narrativa cuando admite la posibilidad de que la mermelada que tan ávidamente consume la hermana mayor contenga algo nocivo; por ejemplo, un

3 Hemos encontrado interesante el artículo de Hitomi Toyohara con relación a las diferencias estructurales entre el japonés y el castellano, y cómo las traducciones provocan, a veces, que el lector no pueda comprender la totalidad del mensaje, “lo cual significa que se presenta otra obra «distinta y nueva»”, p. 239. “Análisis de la traducción de una novela japonesa de Yoko Ogawa”, 2014.

fungicida venenoso. Nos sirve este hecho para reflexionar sobre la responsabilidad que asumen las madres. La ansiedad agota a la embarazada, que teme el dolor de un parto difícil, que se sentiría contenta si “la clínica M” o su barriga solo “fuera un sueño” y a quien le atemoriza la visión de su “propio bebé” (2019: 103). Una atmósfera desasosegante invade el día a día de la joven madre y de los suyos. Y es así que desde el 29 de diciembre hasta el 11 de agosto, el lector serpentea por los entresijos del miedo de una parturienta y del desasosiego de su hermana. Tal vez Ogawa, como también Cusk, se hayan preguntado qué significa ser mujer:

Lo que en otro tiempo significó ser mujer, si es que es posible determinar ese significado, ya no lo significa; y sin embargo, en un sentido clave, en el sentido de la procreación, sigue significándolo. El destino biológico de las mujeres sigue siendo levantarse entre las ruinas de la desigualdad, y a medida que me acerco a él tengo la sensación de haberme desviado del camino de mi vida... (Cusk, 2023: 39).

El relato de Yoko Ogawa se desarrolla en un entorno provisto de fuerza propia. La casa donde viven la narradora y su familia se percibe como un lugar asfixiante en el que se producen resistencias anímicas, falta de sinceridad e incomunicación. En el interior de ese perturbador universo, el tenaz análisis de las fases del embarazo simboliza un discurso que potencia la escritura del Yo. Un narrador testigo relata, como si de una confesión íntima se tratara, la experiencia de un embarazo ajeno. Como la escritura permite visualizar el pensamiento, el sujeto comienza a percibir una idea clara de su Yo: reflexiona sobre sus propios deseos y se siente agente de su propio destino. La protagonista sin nombre ha tomado conciencia de su condición de *persona*. Sus audaces observaciones sobre el embarazo quiebran los principios del patriarcado al observar con frialdad un acontecimiento ligado desde siempre a la identidad femenina.⁴ La falta de empatía hacia el modelo de familia patriarcal, que exigía de la mujer entrega incondicional al hijo y al marido, se percibe a lo largo de toda la historia. La narradora, especialmente ella que califica el matrimonio: “de extraño gas impenetrable” (2019: 21), rompe con la imagen de las mujeres obedientes y resignadas, retrato impuesto por el canon oficial que solo “sirve a los intereses de los varones y que satisface las necesidades de reproducción de las sociedades patriarcales” (Cobo, 2010: 137). La narradora se ve a sí misma y a su hermana sin esa especificidad oficial que el pensamiento androcéntrico había impuesto por ley. Porque como señalaba Betty Friedan en *La mística de la feminidad*: “Las mujeres adaptadas o curadas, que viven sin

4 Decía Esther Villegas (1999) que el rechazo a identificar lo masculino como universal era un paso importante a la hora de modificar las estructuras mentales que permitirían a la mujer el desarrollo de su conciencia y de su subjetividad. “Tal vez sea esta una de las claves de la nueva percepción que tiene la mujer de sí misma y que, de forma latente o explícita, alienta su presencia activa en la sociedad y en la cultura, en su aspiración a conseguir que —como persona individual y como género— pueda llegar a *vivre au féminin*”. En “Autoconciencia personal y creatividad femenina. Un proceso abierto”, pp. 113-114.

conflicto ni preocupación en el mundo confinado del hogar, han sacrificado su propio ser; las demás, las miserables, las frustradas, todavía tienen algo de esperanza”. (2009: 374).

Es probable que la novela de *El embarazo de mi hermana* constituya una crítica,⁵ no sabemos si “feroz”, como sostiene García de las Hijas (2016: 59), a la sociedad japonesa moderna, un mundo que se aferra en muchos aspectos al orden patriarcal y que mira con recelo la larga lucha de la emancipación femenina. La puesta en escena resulta sumamente interesante. El lenguaje técnico y frío, escogido probablemente a propósito, destaca el comportamiento distante de la narradora ante el embarazo de su hermana mayor, así como la falta de vínculos afectivos de esta con su bebé, pero también nos descubre un acto consciente de disidencia, sobre todo cuando describe el malestar psicológico de las parturientas:⁶

A veces podían verse algunas mujeres contemplando el panorama desde las ventanas del segundo piso. Se trataba seguramente de mujeres que acababan de dar a luz. Todas sin maquillar, con una bata gruesa y el pelo recogido. Detrás de las orejas ondeaban ligeramente algunos mechones de cabello suelto. Casi siempre parecían inexpresivas y abstraídas.

© ¿Por qué no parecen contentas a pesar de que pueden dormir encima de la sala de consulta llena de cosas tan fascinantes?, pensaba yo en aquella época. (2019: 15)

El trasfondo de la narración de Ogawa se nos antoja una especie de discurso subversivo contra la creación masculina de la feminidad. Para los defensores de la cultura patriarcal, las mujeres no son “ni conocidas ni desconocidas”, sino que están inmersas en una especie de territorio de frontera. Y es precisamente esa posición de poder la que:

Ha permitido a las culturas machistas denigrar a las mujeres, considerándolas la representación del caos y la oscuridad, igualando a todas a la Prostituta de Babilonia, y adorarlas en otras ocasiones por crearlas la encarnación de la más pura naturaleza, venerándolas como a Vírgenes y Madres de Dios. (Moi, 1995: 174).

5 García de las Hijas indica en su estudio cómo la caracterización de los personajes resulta un aspecto a tener muy en cuenta en la prosa de Ogawa. Si bien califica su estilo de delicado y contenido, señala como marca distintiva en sus obras el “tono crítico que desvela el carácter inconformista de la autora”. En “La mujer de Yoko Ogawa”, 2016, p. 55.

6 En su histórico ensayo *The Feminine Mystique* (1963), Betty Friedan describe y confirma el malestar, el dolor, el resentimiento y toda una larga serie de emociones negativas en las mujeres que se enteraban de que estaban embarazadas por primera vez. De igual manera subrayaba cómo los autores de la mística de la feminidad citaban “observaciones con el fin de reconfortar a las madres jóvenes con el argumento de que es «normal» que sientan ese extraño rechazo del embarazo y que el único problema real es que se «culpabilicen» por sentirse así.” En *La mística de la feminidad*, 2009: 327.

Betty Friedan destacaba en *La mística de la feminidad* la insatisfacción que anidaba en el interior de la mujer americana de la década de 1950 y sus dificultades para ajustarse al estereotipo dictado por la jerarquía dominante. Ese tormento invisible crecía hasta el punto de crear un inquietante “malestar sin nombre”. (2009: 54). La autora americana lo corrobora cuando describe el hastío vital de las amas de casa de los barrios residenciales de posguerra “que solo tenían que preocuparse por su marido, su casa y su hogar” (Friedan, 2009: 54). Si bien muchas lograban adaptarse a ese rol impuesto por la cultura oficial, otras no podían ignorar la voz interior que les susurraba: “Quiero algo más que mi marido, mis hijos y mi hogar” (2009: 69).

El libro de la autora japonesa hace hincapié en el derecho de la mujer a pensar por sí misma y a actuar según su criterio. No percibimos rabia explícita, como sí se observa en la historia de Cho Nam-Joo, sino el esfuerzo por crear un espacio de intimidad propio. El tema clave del embarazo no significa ni para la narradora ni para su hermana la plenitud de su feminidad. Su manifiesto desdén no se ajusta a los términos “generalmente aceptados con los que los científicos han estudiado a las mujeres, con los que los médicos han tratado sus enfermedades, con los que los consejeros las han asesorado y con los que los escritores las han descrito” (Friedan, 2009: 63). También puede ser que la voz sin nombre no comunique con total transparencia sus pensamientos, que pueden resultar tan controvertidos para el lector actual como lo fueron para quienes leyeron por vez primera el libro en 1991.⁷ De hecho, Hitomi Toyohara al examinar la traducción española de esta novela, indica que uno de los rasgos que la definen es que la protagonista “no suele decir las cosas directamente” (2014: 226). Sea como fuere, y aun aceptando, como dice Toyohara, que la narradora siente una gran indiferencia respecto del mundo que la rodea, pensamos que no por ello es menos dueña de su propio discurso. Un discurso que difiere de la imagen femenina de subordinación e invisibilidad que impone el mundo patriarcal. El libro de Ogawa es rico en imágenes que revelan connotaciones poco convencionales. Las parturientas no esconden su dolor, sino que están convalecientes en clínicas donde el tiempo se ha detenido y donde las escaleras crujen “como si estuvieran murmurando” (2019: 114). El llanto de un bebé guía a la angustiada narradora, que temerosa cree ver a lo lejos a una mujer a la que confunde con su hermana: “Ella ha abierto los labios, ligeramente descoloridos, y ha parpadeado. Ha sido un parpadeo fugitivo como

⁷ Cuando *El embarazo de mi hermana* se publicó en Japón en el año 1991, muchos lectores creyeron que se trataba del encantador relato de las vivencias de una futura madre. Es posible que el título *Ninshin Karenda*, cuya traducción original viene a ser “Diario de una gestación”, contribuyera a la confusión. La traductora Yoshiko Sugiyama, se hace eco en el postfacio, de la sorpresa que causó la historia y de cómo la obra de la *enfant terrible* de las letras niponas “destaca por ese contraste entre el lado oscuro y latente de lo cotidiano y el lado luminoso del bien. A través de una descripción sumamente tétrica, capaz de dar cabida a las vísceras humanas, consigue plasmar su propia visión de los seres humanos y de sus vidas”, 2019: 121. Por nuestra parte, añadimos que si bien en la narración se contempla el bien y el mal en un mismo instante, no se observa menos el profundo disgusto de las protagonistas ante el proceso de gestación y sus consecuencias.

cuando caen lágrimas” (2019: 114). La escena final concluye cuando la protagonista llega a la sala de recién nacidos, “para ver al bebé de mi hermana, destruido” (2019: 115). Es entonces cuando esas escaleras por las que penosamente transita se prolongan hacia un pasillo de penumbra que deja al descubierto “la imagen de un espacio vacío, que representa en algunos casos la muerte, la privación de la vida” (Segarra, 1992: 793).⁸ Pocas veces se ha mostrado la insubordinación femenina de manera tan certera como en esta novela. La voz narrativa se descubre consciente de sí misma; conoce sus propios deseos; va construyendo su propia individualidad. Como defendía Patrizia Violi, la experiencia en torno al género femenino no significa conocimiento de lo general “sino de algo particular, ligado a la individualidad, a la corporeidad de cada una de nosotras” (1990: 139).

2. INDIVIDUALIDAD Y SINGULARIDAD FEMENINA EN *KIM JI-YOUNG, NACIDA EN 1982*.

El libro relata las vicisitudes de una joven, de nombre Kim Ji-Young, que simboliza la injusta, desigual y despersonalizada existencia de las mujeres en Corea del Sur. El relato se caracteriza por oponer dos espacios que corren paralelos: el espacio masculino y el espacio femenino. En el primero reside la fuerza y el egoísmo; en el segundo, la fragilidad y el dolor, también el desamparo. Ya desde el inicio de la historia se percibe la oposición entre ambos mundos. Cuando la protagonista habla a su marido, el trasfondo de la historia se hace visible:

Kim Ji-young tocó de repente el hombro de su marido y le dijo:

—Oye, tú esposo. Ji-Young debe de estar pasando por un mal momento. Es probable que se esté recuperando físicamente, pero siente una presión emocional tremenda. Dile que lo está haciendo muy bien, que entiendes lo duro que es ser madre. Dale las gracias a menudo. (2019: 13)

Kim Ji-Young sufre un “brote” en casa de sus suegros cuando habla como si fuera otra persona. Su marido la disculpa diciendo que no está bien. Se van de casa. Nadie sale a despedirlos. Solo lo hace la cuñada, que recomienda a su hermano: “No te pelees con ella. No te enfades. Muéstrate agradecido y dile que lo sientes. ¿De acuerdo?” (Cho Nam-Joo, 2019: 19).

⁸ Decía Segarra Montaner, al reflexionar sobre la obra poética de Henri Michaux (1992: 793), que la imagen de la escalera resultaba gratificante porque conducía a la curación, a la vida. Sin embargo, la ascensión pura y dificultosa significaba el vacío. La hermana protagonista sube penosamente las escaleras para ir al encuentro de su hermana convaleciente. Y una vez alcanzada la cima, no hay escalera “sin fin”, que conduzca al ansiado restablecimiento, sino solo un pasillo que “se prolongaba vagamente hacia el fondo en la penumbra” (Ogawa, 2019: 115).

El comportamiento del personaje protagonista quiebra la tradicional identidad de género femenina, definida tradicionalmente como relacional frente a la identidad individualizada, rasgo caracterizador del sexo masculino (Hernando-Callejón, 2018: 9). La identidad relacional implicaba que la mujer podría gozar de la protección adecuada si accedía a satisfacer los deseos del mundo hegemónico masculino; es decir, si no era consciente de sí. Porque la función de la mujer tradicionalmente ha sido la de ser hija, esposa y madre. Si discrepaba emocionalmente de lo que la rodeaba o recelaba de su posición, si reflexionaba acerca de su subordinación a dictámenes ajenos, no sería aceptada. Porque las mujeres no son un grupo, sino una serie. La mujer forma parte de un colectivo indiferenciado que Celia Amorós (2007: 455) describió como el “espacio de las idénticas”. Por ello, desde el momento en que la actitud de Kim Ji-Young desconcierta a su entorno, desde el momento en que ya no representa a la serie, sino que se la percibe como un contraejemplo de “las virtudes de su sexo” (2007: 452), es cuando su individualidad comienza a construirse “desde el poder y la consciencia del yo” (Hernando-Callejón, 2018: 9). La conciencia de la individualidad no es una cuestión baladí. No implica tanto el rechazo al grupo, al espacio común, como la no dependencia del mismo.

En su inteligente ensayo sobre la experiencia de ser madre, Rachel Cusk critica el esfuerzo del discurso mayoritario por esconder el dolor y por atenuar la naturaleza “solitaria del parto” (2023: 46). La escritura femenina de Ogawa y Cho Nam-Joo no solo refleja con rigor ese momento tan complejo y temido en la vida de una mujer, sino que certifica la escasa relevancia del hombre en el proceso de la gestación y del parto. Los hombres son tildados de nulidades que jamás alcanzan a comprender el universo femenino: “El tiene la manía de hacer este tipo de comentarios demasiado evidentes y esperables solo con la intención de agrandar” (Ogawa, 2019: 23). Entidades vacías como el marido de Kim Ji-Young que, pese a no estar a la altura de las circunstancias, la apremia para que acuda a un psiquiatra alegando que “quizá padecía depresión postparto” (Cho Nam-Joo, 2019: 19). Mucho antes, el padre había zanjado las ansias de libertad de su hija con la consabida frase: “Tú, pórtate bien y cástate” (2019: 94). Las dos narraciones ponen el foco tanto en la implacable actitud de la cultura oficial respecto a la mujer como en la orfandad del hombre que, desprovisto de su rol característico, se siente desplazado del eje central.

La joven Kim Ji-Young forma parte de una familia arquetípica que prima el bienestar y la felicidad del varón. El grupo lo componen el padre, la madre, la hermana mayor, Ji-Young, el hermano pequeño y la abuela paterna, mujer de carácter que defiende e impone las estrictas reglas de dominación patriarcal. El nacimiento de un niño era sinónimo de felicidad, no así el de una niña, cuya llegada al mundo era señal de fastidio. La madre de Kim Ji-Young llora desconsolada con su bebé en brazos mientras

se disculpa ante su anciana suegra, que sentencia: “Está bien. La tercera tendrás un varón” (Cho Nam-Joo, 2029: 26). Pero a la tercera iba a ser otra niña. Y la madre, incapaz de soportar más “desgracias”, se decide a abortar en solitario. Al final, la llegada del hermanito dio tranquilidad a la sufrida progenitora; no así a sus hijas, que se sintieron arrinconadas, pues el nuevo orden consistía en servir primero al padre, después a la abuela y al pequeño y que “las tortillas de carne con sus formas perfectas iban directamente a la boca de su hermano” (2019: 24).

El libro de la escritora coreana se interroga sobre el rol de género que las mujeres están obligadas a desempeñar. Lo hace tanto de manera ficcional al narrar las vicisitudes de la joven Kim Ji-Young, como cuando introduce fragmentos de fría estadística. El lector es informado de que la nación asiática es el país de la OCDE que soporta la mayor brecha salarial entre hombres y mujeres (Cho Nam-Joo, 2019: 111) y de que en 2014 “una de cada diez mujeres casadas en Corea del Sur renunció a su puesto de trabajo. Los motivos fueron el matrimonio, el embarazo, la maternidad, el cuidado y la educación de los hijos” (2019: 130). La protagonista se rebela contra “lo irracional” (2019: 118) de un sistema que hace hablar a la mujer con una voz que no es la suya, pero también contra el absurdo que supone que muchas mujeres acepten ciegamente las normas de la jerarquía patriarcal “con los efectos rotundos de desigualdad que produce esa jerarquía” (Cobo, 2010: 136). Y es que la lucha contra la marginación femenina ha sido uno de los grandes caballos de batalla de las feministas de todos los tiempos. El movimiento feminista contribuyó a forjar una mentalidad combativa que ayudó al “sexo débil” a defender sus intereses y a hacerse oír en la esfera pública. El relato de Cho Nam-Joo es un libro feminista en cuanto critica a una sociedad que no logra avanzar en lo que atañe a la realidad de la mujer:

Está claro que no es conveniente contratar a mujeres, por muy competentes y buenas personas que sean, a menos que tengan solucionado lo del cuidado de los hijos. Tendré que procurar que la nueva asistente esté soltera. (2019: 156).

La autora reflexiona sobre la misoginia a través de sus personajes, a los que concede voz pública para que se reafirmen en la lucha contra la desigualdad rechazando el sometimiento, la cosificación y la subordinación impuestas por el patrón masculino.

3. CONCLUSIÓN

Las obras de nuestro estudio coinciden en subrayar la crisis del modelo de familia tradicional. En ambos relatos, las mujeres no se sienten obligadas a defender el

status quo del orden establecido. No se resignan a ser meras reproductoras biológicas.⁹ Durante siglos la mujer fue un ser sin voz ni nombre propio y una extraña para sí misma. Con el tiempo, aprendió a escucharse, a observarse y a hablar consigo misma hasta confeccionar un lenguaje propio. Nuestras protagonistas han alcanzado lo que parecía más difícil: habitar su propio espacio y afianzar su individualidad. El discurso de la narradora sin nombre y de Kim Ji-Young conforma un idioma íntimo que las aleja de la retórica impuesta por el orden dominante.

Si el patriarcado identificaba a la mujer con el caos, en las historias de Ogawa y Cho Nam-Joo percibimos una decisiva toma de conciencia contra su intolerante propaganda. Pues no es desorden, sino armonía y libertad lo que se desprende del comportamiento femenino en estas obras. La narradora de Ogawa no tiene nombre, tal vez porque tradicionalmente las mujeres no eran dueñas de una habitación propia. Kim Ji-Young tampoco parece tener nada propio, más bien representa a todas sus congéneres, que viven de acogida en casa ajena, siempre atentas a las restricciones impuestas por el hombre, dueño y señor del hogar. Pero los lazos no eran ni son tan fuertes que no se puedan romper. Las protagonistas femeninas dejan tras de sí la fiereza del rincón insalubre, deciden trazar su vida, dejar huella y hacerse visibles. Para ello desafían (cada una a su manera) las convenciones de la ley jerárquica y se presentan ante el espectador dando muestras de serena insumisión pues, como señalaba Ortega y Gasset, solo quien no estaba alterado es capaz de “meterse dentro de sí” (1972: 35) y construirse un mundo propio que le permita enfrentarse al de fuera “no para dejarse dominar por las cosas, sino para gobernarlas él, para imponerles su voluntad y su designio, para realizar en ese mundo de fuera sus ideas” (1972: 37-38).

Los personajes protagonistas acaban siendo mujeres libres que hablan sin miedo de los problemas que les preocupan. No son seres confusos ni viven en “perpetuo crepúsculo”.¹⁰ No hay indecisión en sus reflexiones, sino un cansancio infinito por

seguir arrastrando el descrédito que identifica a la mujer con el llamado “sexo débil”. Su pensamiento se aleja del plano subordinado que el modelo patriarcal diseñó para ellas. Porque la mujer no era visible sino que desaparecía en el otro, como justificaba Ortega y Gasset, que entendía esta circunstancia como consustancial a lo femenino: “gracias a ella, la mujer nos hace felices y es feliz ella misma, es feliz sintiéndose débil” (1972: 184). Pero las mujeres de los libros de Ogawa y Cho Nam-Joo no han venido a este mundo, “para dar felicidad y para sentir dolor”, como censuraba Emilia Pardo Bazán (2018: 196), sino para alcanzar libertad para sí mismas y un destino individual que no tiene por qué coincidir con los intereses de la jerarquía masculina. Su palabra, crispada unas veces, serena otras, corrobora de forma precisa que una mujer no ha nacido únicamente para ser esposa y madre. Si el lector percibe desconcierto y desilusión en el tema de la maternidad es porque a nuestras heroínas les incomoda sobremanera la simplificación que el hombre ha hecho de su intimidad. El médico que minimiza las molestias post-parto de Kim Ji-Young o la impostura del cuñado de la narradora sin nombre son solo algunos ejemplos de la falta de empatía del varón hacia el sufrimiento femenino. El pensamiento androcéntrico, que relegó a la mujer en los márgenes de la historia, una circunstancia que ha llegado a ser “la forma más perversa de dominio,”¹¹ suele observar con una mezcla de altanería y estupor el empoderamiento del también llamado género opuesto. En las novelas de referencia, se hace hincapié tanto en el oscuro silencio que acompañó siempre las reivindicaciones femeninas, como en el frío cálculo con que el *status quo* patriarcal selló la imposición de la reproducción biológica.

Las dos novelas utilizan un lenguaje sencillo, pero lleno de matices en relación con los complejos temas que tratan. La sobriedad estilística de Ogawa se erige en el medio idóneo para explicar la subjetividad de los personajes. En el relato de Cho Nam-Joo, la retórica combativa de Kim Ji-Young sirve, además, como fotografía sociológica de la situación jurídica de la mujer surcoreana. La palabra permite que las mujeres de nuestros relatos se alejen del lenguaje aprendido y transmitan su posición y su relación con el mundo (López, 2011: 105). Si bien la larga sombra de la misoginia planea todavía sobre sus vidas, ellas han hallado en su interior la fuerza necesaria para desplazar el punto de vista masculino del centro a la periferia.

9 Los suegros de la embarazada representan, en la novela de Ogawa, el mundo patriarcal que entra sin pudor en la intimidad ajena. Entusiasmados con la idea de tener herederos regalan a su hijo y nuera un paquete en cuyo borde aparece dibujada la figura de un perro. Al parecer, las hembras de los perros dan a luz con relativa facilidad muchos cachorros a la vez. “Claro, hoy es «el día del perro» del quinto mes de embarazo, ¿no es así? —ha dicho mi hermana con voz débil sin poder disimular su malestar incluso delante de ellos” (Ogawa, 2019: 63). El rechazo de la hermana mayor es notorio: prefiere aislarse antes que padecer la mirada escrutadora y el acoso ajeno: “Tan pronto se han ido mi hermana ha perdido el interés por los talismanes y se ha encerrado en su habitación” (2019: 64). Rachel Cusk subrayaba al respecto: “Tengo la convicción de que no es el bebé quien ejerce esta agobiante vigilancia: es lo que el bebé significa para los demás, es el mundo que reivindica su derecho a la propiedad” (2023: 54). Y para Kim Ji-Young, a la dureza del parto se une el menosprecio de la sociedad hacia las íntimas dolencias de la mujer: “He tenido una hija aguantando unos dolores que casi me matan y he renunciado a mi vida, a mi trabajo, a mi sueño y a mí misma para cuidarla. Y eso me convierte en una parásita. ¿Qué debo hacer ahora?” (2019: 147).

10 Para Ortega y Gasset, como para la jerarquía masculina en general, la mujer “no sabe si quiere o no quiere, si hará o no hará, si se arrepiente o no se arrepiente. Dentro de la mujer no hay mediodía ni medianoche: es crepuscular” (1972: 178). Cree además que “En la presencia de la Mujer presentimos los varones inmediatamente una criatura que, sobre el nivel perteneciente a la humanidad, es de un rango vital inferior al nuestro. No

existe ningún otro ser que posea esa doble condición: ser humano y serlo menos que el varón” (1972: 179). La retórica misógina, que sentenciaba que el destino de la mujer era “ser en vista del hombre” (1972: 181), ninguneó siempre la voz de las grandes intelectuales. Véase, por ejemplo, la opinión que el distinguido filósofo tenía de *El segundo sexo* y de su autora, Simone de Beauvoir, de la que subraya que “afortunadamente, confunde las cosas y de este modo exhibe en su libro el carácter de confusión que nos asegura la autenticidad de su ser femenino” (1972: 180). En fin, el orden patriarcal receló, con mayor o menor virulencia, de todas las mujeres que se alejaron voluntariamente de la “lengua aprendida del invasor” (López, 2011: 105). Y es precisamente esa despreocupación y ese desdén el que percibimos como rasgo común y definitorio en los personajes femeninos de las novelas de referencia.

11 Anna Caballé sentencia que “silenciar al otro, ignorarlo, mantenerlo en la invisibilidad es tal vez la forma más perversa de dominio” (2019: 36).

La imagen de los personajes femeninos en estas narraciones no responde a la mítica subordinación de la mujer a la jerarquía masculina. No son seres atados psicológicamente al varón. Han huido del discurso oficial. Exhiben un punto de vista femenino y no una feminidad pasiva. Y es en esos momentos cuando se percibe su fuerza; pues “el inicio del poder de la mujer, y por ello la ruptura del orden natural tiene lugar cuando la mujer toma la palabra; porque cuando toma la palabra su hablar vuelve explícita una voluntad diferente y rebelde respecto del querer del hombre” (Brawer, 1990: 148). Cuando una mujer toma la palabra, tiene la posibilidad de dar nombre a las cosas y lo que es más importante, tiene la posibilidad de interpretar la realidad (Moi, 1995: 166). Nuestras protagonistas han dado cuerpo a su emotividad, se han interrogado sobre sus experiencias personales, lo que ha propiciado su conocimiento de lo individual. Como decía Benveniste y recoge Patrizia Violi: “Es en y por el lenguaje como el hombre se constituye como sujeto, porque solo el lenguaje funda en realidad, en su realidad, que es la del ser, el concepto de *ego*” (1990: 133). La mujer, ahora sujeto de la enunciación, reorganiza el sentido de las cosas y configura su posición en el mundo: utiliza el lenguaje para hacer hincapié en el despertar de su autoconsciencia. Porque la individualidad femenina se construye y manifiesta en la palabra y a través de ella se anula el omnipotente pensamiento masculino, considerado desde siempre el eje fundamental de la teoría y de la cultura.

El patriarcado concedió una importancia capital al hecho *necesario* de ser madre como si de un “impulso irresistible” se tratara (Osborne, 1993: 129). Pero si por algo se distinguen las heroínas de estos relatos es por no aceptar ni creer en la maternidad como “cuidados exclusivos y con dedicación completa por parte de la mujer” (Osborne, 1993: 132). La maternidad se entiende como una opción, nunca como una exigencia y mucho menos como una cesión para poder “mantener la parcela de poder tradicionalmente asignada a las mujeres” (1993: 132).

Tanto el sobrio estilo de Ogawa como el más dinámico y agresivo de Cho Nam-Joo dibuja a una mujer que no le importa verse liberada del proverbial modelo femenino. Los personajes discrepan del ejercicio de la maternidad como institución, de su función, de su glorificación y necesidad. Son sujetos que se asumen a sí mismos y actúan en consecuencia. Cuando esto ocurre, es porque se han adueñado de su propia existencia y “se encuentran en condiciones de luchar por alcanzar nuevas cotas de libertad” (Varela, 1997: 245). Y es entonces cuando se resume el objetivo que creemos percibir en ambas historias: las mujeres han empezado ellas mismas a tomarse en serio, a controlar su discurso público y a actuar según sus principios. Ya no obedecen silenciosas ni se retiran a sus habitaciones para ocuparse de “sus labores propias, del telar y de la rueca”, como Penélope en la *Odisea* (Beard, 2018: 16), sino que son lo suficientemente

fuertes e independientes para elegir “la libertad frente a la servidumbre voluntaria” (Varela, 1997: 245).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- AMORÓS, Celia (2007). *La gran diferencia y sus pequeñas consecuencias... para las luchas de las mujeres*. Madrid: Cátedra, 3ª edición.
- BEARD, Mary (2018). *Mujeres y poder: un manifiesto*. Barcelona: Crítica.
- BRAWER, Ana (1990). “Virginia Woolf: de la ventana y del enigma”. En G. Colaizzi (ed.), *Feminismo y teoría del discurso* (p.p. 143-152). Madrid: Cátedra.
- CABALLÉ, Anna (2019). *Breve historia de la misoginia*. Barcelona: Ariel, 2ª edición.
- COBO, Rosa (2010). “Individualidad y crisis de la identidad femenina”, *ex æquo*, (núm. 22), pp. 129-145
Recuperado de <http://www.scielo.pt> [Fecha de consulta: 10/04/23]
- CUSK, Rachel (2023). *Un trabajo para toda la vida*. Barcelona: Libros del Asteroide.
- CHO, Nam-Joo (2019). *Kim Ji-Young, nacida en 1982*. Barcelona: Alfaguara. Traducción de Hasun-Joo.
- FRIEDAN, Betty (2009). *La mística de la feminidad*. Madrid: Cátedra.
- GARCÍA DE LAS HIJAS, Rocío (2016). “La mujer de Yoko Ogawa”, *Asiadémica*, pp. 42-69. Recuperado de <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo> [Fecha de consulta: 11/04/23]
- HERNANDO GONZALO¹, Almudena y CALLEJÓN², María Eugenia (comp.) (2018), “La fantasía de la individualidad”, *Dossiers EsF*, (núm. 30), pp. 6-11. Recuperado de www.dialnet.unirioja.es/servlet [Fecha de consulta: 21/04/23]
- LÓPEZ FERNÁNDEZ-CAO, Marián (2011). *Memoria, ausencia e identidad: El arte como terapia*. Madrid: Eneida, 1ª edición.
- MARTÍN RODRIGO, Inés (2023). “Eduarne Portela, escritora”, en *El Faro de Vigo*, sábado 25 de febrero de 2023, pp. 32-33. Recuperado de www.farodevigo.es [Fecha de consulta: 26/02/23]
- MOI, Toril (1995). *Teoría literaria feminista*. Madrid: Cátedra.
- Novo, María (2003). “La mujer como sujeto ¿utopía o realidad?”, *Polis: Revista Latinoamericana*, (núm. 6), s/n. Recuperado de www.dialnet.unirioja.es [Fecha de consulta: 14/05/23]

OGAWA, Yoko (2019). *El embarazo de mi hermana*. Editorial Funambulista. Traducción de Yoshiko Sugiyama.

www.funambulista.net

ORTEGA Y GASSET, José (1972). *El hombre y la gente* 1. Madrid: Revista de Occidente. 7ª edición.

OSBORNE, Raquel (1993). *La construcción sexual de la realidad*. Madrid: Cátedra.

PARDO BAZÁN, Emilia (2018). *La mujer española y otros escritos*. G. Gómez-Ferrer (ed.), Madrid: Cátedra, 1ª edición.

PITARCH HERNÁNDEZ, Pau (2010). "Mujeres en Asia Oriental", *Lectora*, revista de dones i textualitat, (núm. 16), pp. 9-12.

Recuperado de www.dialnet.unirioja.es [Fecha de consulta: 23/03/23]

SEGARRA MONTANER, Marta (1992). "Los símbolos de la verticalidad en la obra de Henri Michaud". *Investigaciones semióticas IV, Actas del IV Simposio Internacional de A.E.S*, (volumen II), pp. 785-794. Madrid: Visor Libros.

TOYOHARA, Hitomi (2014). "Análisis de la traducción de una novela japonesa de Yoko Ogawa: de *Nishin Karenda* (1991) a *El embarazo de mi hermana* (2006)". 1616. *Anuario de la Sociedad Española de Literatura General y Comparada*, (núm. 4), pp. 221-240
Recuperado de www.dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?

[Fecha de consulta: 20/03/23]

VARELA, Julia (1997). *Nacimiento de la mujer burguesa: el cambiante desequilibrio de poder entre los sexos*. Madrid: La Piqueta.

VILLEGAS CASTRILLO, Esther (1999). "Autoconciencia personal y creatividad femenina. Un proceso abierto." *Alternativas: Cuadernos de trabajo social* (núm. 7), pp. 95-115.
Recuperado de www.dialnet.unirioja.es/ejemplar/203362

[Fecha de consulta: 08/04/23]

VIOLI, Patrizia (1990). "Sujeto lingüístico y sujeto femenino". En G. Colaizzi (ed.), *Feminismo y teoría del discurso* (pp. 127-140). Madrid: Cátedra.